

LA EMERGENCIA DE UN NUEVO MIRAR HISPANO. SIGLO XVI

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana*

I

“Nuestro Señor me ha fecho la mayor merced que, después de David, Él haya fecho a nadie” escribía en Sevilla Colón, a 3 de abril 1502. “Muy Soberano Señor: la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman Nuevo Mundo”, a Don Carlos, Emperador de Romanos, Francisco López de Gómara.

“Sabido como el Almirante venía de las Indias, hoy vino tanta gente a verlo y a ver los indios, de la ciudad de Lisboa, que era cosa de admiración, y las maravillas que todos hacían [miércoles. 6 de marzo. Y al día siguiente:] Hoy vino infinitísima gente a la carabela, y muchos caballeros”. Al dirigirse por tierra desde Palos a Barcelona, la gente salía a admirarlo por los caminos, se aproximaban para ver a los indios que traían; al menos el 80 por cien de esta gente lugareña no sabía leer ni escribir, pero sin periódicos, ni radio ni televisión se habían enterado del descubrimiento; tal fue el impacto del suceso. Colón había enviado cartas al tesorero de Aragón y a Luis de Santángel; el primero mandó imprimir la carta en Barcelona y otro aragonés, Leandro Cosco, la tradujo al latín, versión que fue editada cuatro veces en Roma en el verano de 1493. A continuación aparecieron ediciones en Amberes, París y Basilea. En el reinado de Carlos V fueron de España a América 2421 barcos.

Las nuevas del descubrimiento penetraron hasta las celdas de los conventos femeninos de clausura; Santa Teresa envidiaba a los frailes que se embarcaban para América. Su hermano preferido, Lorenzo de Cepeda, era un acaudalado enco-

* Sesión del día 20 de enero de 2009.

mendero; con él mantuvo la santa correspondencia regular y le fue a esperar a Sevilla a su regreso de Indias. Traía el encomendero, además de su caudal, ciertos remordimientos de conciencia que la hermana se apresuró a disipar después de sacarle dinero de la bolsa para sus fundaciones. En 1548 los dominicos se habían establecido en 60 casas, y los agustinos habían fundado 46 conventos en suelo americano. Para 1550 los franciscanos contaban con 15 casas en Perú y los dominicos, 15 años más tarde, sumaban ya cien en el área de Lima. Son 345 los jesuitas en Méjico en 1603, pero desde 1541 a 1600, y a pesar de ser tan nueva la Orden, van cerca de cien a la India. A Filipinas llegaron 454 misioneros entre 1575 y 1595; sólo en el reinado de Felipe II salieron de España, —principalmente de Castilla— 2.682 religiosos y 376 clérigos. Hacia finales del siglo XVI se habían establecido en Nueva España unos 400 conventos, destacando con 76 los agustinos, con 90 los dominicos y con 200 los franciscanos. Para esas mismas fechas había 1.500 agustinos en América y Filipinas e igual número de franciscanos. Hacia 1.600 los misioneros jesuitas rondaban el millar. Se calcula que unos años más tarde el ejército misionero hispano contaba con unos 10.000 soldados de Cristo —cifra inferior a la real—, lo que quiere decir que lo mejor y más florido de aquella España pensante —procedían de San Esteban y de las universidades de Salamanca y de Alcalá, centros cumbres del saber hispano— emigró a América donde levantó catedrales y Universidades, escribió gramáticas y recogió costumbres nativas.

¿Qué quiero insinuar con todo este telón de fondo? Que confortables posiciones vitales y científicas de la vieja España comienzan a resquebrajarse en su base porque el descubrimiento masivo de pueblos, centenares de lenguas y culturas obligaron a repensar lo propio y observar con atención esmerada a otros pueblos y cosmovisiones diferentes. Surge un nuevo mirar que ve realidades fragmentadas y certezas rotas. En cierto modo, a Vives, Vitoria, Soto, Cano, Acosta, Sahagún, Fernández de Oviedo, Luis de Molina, Martín de Rada, Guido de Lavezares etc., etc. la radicalidad del descubrimiento les convierte en hombres nuevos, impelidos a fijar su atención en la centralidad de lo humano a través de las nuevas dimensiones culturales del humano predicamento.

El humanista Francisco Sánchez termina en 1576 un libro que titula *Quod nihil scitur*; propugna en él un modo de conocimiento muy diferente al de su contemporáneo Descartes; no parte del *cogito*, sino de la experiencia, de la experiencia que le sorprende con extraordinarios descubrimientos de pueblos, razas, gentes y culturas: “¡Cuánta variedad de los hombres aun en la misma especie!” exclama¹. En apariencia —continúa— lenguaje, hábitat, costumbres, familia, religión, alimentos y ritos todas esas gentes son marcadamente diferentes, “no acabáramos [insiste] si quisiéramos narrar todas las costumbres de los hombres. ¿Atribu-

¹ P. 82. Hay versión castellana, *Biblioteca del renacimiento s/a*; traduce Menéndez Pelayo.

yes tu a todos ellos [pregunta] la misma condición que a nosotros? A mi no me parece verosímil². Es obvio que esta posición epistémica hunde su raíz en la extraordinaria acumulación de etnografía hispana proveniente de Indias, Filipinas, China y Japón que bombardea y deleita a los que saben leer. Y mientras en la Europa del siglo XVI se comienza a primar con Descartes y Galileo un nuevo pensamiento racional, universal ahistórico, objetivo, para todos y para siempre, nuestros autores se inclinan por una disciplina espiritual que favorece la experiencia del aquí y del ahora, de la reflexión sobre ideas, significados, actitudes e intenciones de los hombres, de sus normas, ritos, símbolos y costumbres. Miran, pero de otra manera.

En la explicación científica dependemos de ciertos conceptos fundamentales o categorías como unidad, substancia, cantidad etc. que no son clasificaciones arbitrarias sino operaciones básicas del pensamiento humano, necesarias, para siempre, para todos. Pero además, nosotros, cada cultura, siguiendo propias necesidades e intereses adorna ese mundo real primario dotándolo de significados y sentidos, lo recrea constantemente y de maneras distintas. En el primer caso la realidad crea los conceptos, en el segundo los conceptos crean la realidad. Teniendo este apunte como fondo ¿a qué me refiero concretamente al hablar del nuevo mirar hispano?

II

El pensamiento hispano de la época tiende a potenciar y dinamizar dos categorías básicas, panhumanas, dos operaciones primarias de nuestro cerebro, la alteridad y la diferencia pero culturalizadas, en operación, observables en su manifestación, consecuencia de la teofanía de las Indias. Por las dos primeras somos parte de la naturaleza, somos naturaleza; por la segunda estamos fuera de la naturaleza, somos cultura. Los tres dominicos de la Española dan ya el golpe de gong nada menos que en la navidad de 1511 proclamando en el púlpito la igualdad de todos los hombres, la común racionalidad y hermandad humanas, algo que repite por decenios el incansable Las Casas y algo que publica solemnemente Fr. Julián Garcés por carta ante el papa Paulo III en 1537³ apremiándole a que diga de una vez por todas que los indios son tan racionales o más que los españoles; el conjunto de la Escuela de Salamanca razona también desde la ubicuidad de esas dos categorías. Pero lo que quiero subrayar además es cómo desde el principio privilegiaban como lente de observación y categoría de estudio las diferencias culturales en el comportamiento y pensamiento del Otro, su alteridad *in actu*.

² *Op. cit.*, p. 83.

³ Sobre esto he escrito en *Caras de España*, pp. 110-103, Prensas Universitarias de Zaragoza 202.

Concretamente: Cabeza de Vaca escribe en los *Naufragios* [cap. XXX] que relata las costumbres locales de los indios para que “se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios e industrias de los hombres humanos”. Son hombres, son humanos y son diferentes. El P. Acosta quiere “declarar las causas de tales novedades y extrañeza... de los hechos de los indios... por ser en materias diferentes de nuestra Europa, como lo son aquellas naciones... [en] su modo de proceder”⁴. Alonso de Zorita dice taxativamente en la introducción de su *Breve y sumaria relación* que son aquellas gentes “de tan diversos usos y costumbres, que es menester que muchos se ocupen de ellas”. Hernán Cortés “considera la novedad y extrañeza” y Bernal Díaz del Castillo dice que no sabe cómo contar “el ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas”⁵. Fernández de Oviedo quiere dar noticia al mundo de “grandes reinos e provincias... de tan extrañas gentes e diversidades e costumbres y ceremonias e idolatrías, apartadas de cuanto estaba escrito... ¿Cuál ingenio mortal sabrá comprehender tanta diversidad de lenguas, de hábitos, de costumbres en los hombres destas Indias?” P. Cieza de León que llega a Indias a los trece años se pregunta “¿Quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él [Perú] son... tanta variedad de provincias... con tan diferentes calidades; las diferencias de pueblos y gentes con diversas costumbres, ritos y ceremonias extrañas...?” Un agustino en Huamachuco dice que “se espanta” “de tierras tan apartadas y de tanta diversidad de climas y templos, tanta diversidad de costumbres”, etc. etc. pues la categoría distintiva da pie para un grueso volumen de citas sobre Indias.

La mirada categorial es, desde luego, mucho más compleja y fértil porque además de focalizar en intensidad organiza los conceptos en parejas de opuestos, lo que se traduce en la formulación de esquemas binarios, esquemas que sugieren una formulación de pensamiento permanente, algo así como una proclividad constante de la mente humana. Es en realidad lo que encontramos en la práctica clasificatoria de todas culturas. La diferencia convoca a la similaridad y ésta a aquélla en analogía dialéctica, la una elucida a la otra porque los dos extremos participan de alguna característica común. Lo vieron los dominicos de 1511, Las Casas, Fr. Julián Garcés etc., y a esta visión de conjunto se ve impulsado nuevamente, pero desde otra perspectiva, el pensamiento hispano al dirigir su mirada al Extremo Oriente a partir de 1549. Y no es por casualidad sino por ponderación e incitación de hechos. El contraste es patente en estas citas en las que la similaridad desaloja a la diferencia pero para realzar finalmente la categoría en su totalidad. Se trata del mismo mirar, del mismo argumento pero *a contrario* y en otro escenario.

Doce franciscanos proyectan en 1532 salir de Méjico “en busca de las gentes de la Gran China”; doce años más tarde se lo propone un grupo de domi-

⁴ *Historia natural y moral de las Indias*, VII, 1.

⁵ Las citas pueden verse en *Antropología social en España*, Siglo XXI, 1971, cap. I.

nicos: quieren evangelizar sin que “precediese conquista de armas” a “otras muchas gentes hacia la parte del poniente, de más entendimiento y capacidad”, es decir, a chinos y japoneses. La dura experiencia americana y la sensación de fracaso moral les han enseñado que no pueden ir la cruz y la espada juntas. Además, las noticias que les llegan por el galeón español que viene del oriente son realmente novedosas: los chinos y japoneses son de extremada y ejemplar razón, con exquisita cultura y con ejemplar organización política.

Francisco Javier encarga a un capitán portugués que trafica en Japón que se fije con interés en su próximo viaje y redacte en unos folios sus impresiones sobre las gentes de ese país. Por lo que oye y por lo que lee está convencido de que esa gente “es la más curiosa de quantas tierras son descubiertas” siempre “deseosas de saber en gran manera”, “gentes que se rigen sino por razón” “por ser gentes de mucha razón”⁶. El valenciano Cosme de Torres, “el más experimentado en la tierra”, ordena a los jesuitas que hablen siempre en japonés para adaptarse y llegar a japonizar, a vivir y pensar como japoneses, puesto que mucho hay que aprender de ellos. Los agustinos instalados en Filipinas no pueden resistir la llamada de China “nación tan política y sabia”. Recaban noticias de los chinos avecindados en Tondo, junto a Manila, gente “de natural afable y buena disposición... [y del] buen gobierno” y se dedican “con mucho estudio a aprender su lengua” y a enterarse de sus costumbres y creencias en espera de oportunidad de pasar a China, algo que las autoridades prohíben con pena de muerte.

El provincial Fr. Martín de Rada, el Las Casas de las Filipinas, dedica especial actividad desde 1572 a preparar la entrada de China; tiene en su casa durante seis meses a un chino par oír las maravillosas cosas de China y aprender la lengua sobre la que preparó un *Arte y vocabulario*; fue el primer europeo en identificar China con la Catay de Marco Polo. La llamada del Otro es irresistible pero la entrada está cerrada; afortunadamente a principios de 1574 el azar preparó una ocasión inesperada. El joven capitán Juan Salcedo fue a explorar la parte de Cagayán para establecer un puerto de contratación y comercio con China. Un soldado le avisó de que con una “copiosa armada” de “gente extranjera” la noche anterior había reducido a fuego casas y haciendas. Se aproxima nocturnamente a la armada y observa con asombro por los escotillones “mucha y muy doble artillería, y tanta orden... que... entendía debían ser portugueses”. A la noche siguiente vio como salía los barcos en dirección de Manila. Envía tres soldados con una embarcación para que se adelantara y avisara al Gobernador Guido de Lavezares y él salió con los cincuenta arcabuceros que tenía. El señor de los navíos era el corsario Limahón que pirateaba las costas chinas y contra el que habían

⁶ Lo glosó en *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*, Akal 2005, p. 12.

sido ya enviadas, sin éxito, varias armadas chinas. Con 2.000 hombre y 62 navíos dio el primer asalto a Manila; en el segundo asalto, en un terrible cuerpo a cuerpo en el interior del fuerte de los españoles, lograron Salcedo y los suyos matar al general Sioco, y Limahón no pudo convencer a los chinos a dar un tercer asalto por lo que se refugió con los suyos en la desembocadura del río Pangasinán. Allí lo cercó Salcedo con 250 españoles. A las pocas semanas se aproximó a la boca del río un junco de guerra chino comandado por Pezung Aumón enviado por las autoridades chinas para espiar a Limahón. Salcedo agasajó al capitán y lo envió a Manila para que se entrevistara con el gobernador. Lavezares lo colmó de atenciones y le prometió a Limahón, vivo o muerto, para que lo presentara a las autoridades chinas; le dio además 52 cautivos chinos apresados en el fuerte. Aumón quedó tan impresionado y agradecido que se ofreció a llevar a Fukien “a los embajadores que gustase enviar” Lavezares. Éste vio la tan deseada ocasión y eligió a Fr. Martín de Rada como jefe de la embajada que se embarcó en el junco de Aumón el 12 de junio de 1575.

Lavezares, consciente de la importancia de la misión para consolidar una entrada o puerto estable en China “les dio las instrucciones siguientes” que resumo por su valor antropológico: darán la carta que portan a las autoridades chinas para que vean la autoridad y poder de Felipe II y cómo desea amistad y hermandad con el rey de China, de forma que haya trato y comunicación entre los castillas y chinos, de lo que se seguirá gran provecho. “Ytem... les dirán, por la vía que vieren que más convenga” cómo Su Majestad envía religiosos por todas partes desde sus reinos de Castilla para la salvación de sus almas”. “Ytem si vinieren [las autoridades] en que haya trato de un reino a otro... les pedirán que nos señalen un puerto donde seguramente puedan entrar y salir nuestros navíos de mercancías...”. “Ytem procurarán saber la calidad de la gente de la tierra, y de entender sus modos y costumbres, y qué tratos y contratos tienen, y si guardan verdad y palabra en lo que prometen...”. “Ytem no consentirán que los que van en su compañía [oficiales, soldados y acompañamiento]... muestren admiración ni que tienen en mucho las cosas que los chinos tuvieron o les mostrasen, ni tampoco las desprecien... ni mucho menos hagan burla de sus ídolos, así de lo que los mismos chinos tienen en sus casas como de los de sus templos. Ni se rían ni mofen de las ceremonias que les vieren hacer, porque dicen que es cosa que sienten mucho”. “Ytem prohibirán que ninguno de los españoles hable ni trate con las mujeres de los chinos, porque, según dicen, son muy celosos y es cosa peligrosa, y podrá resultar mucho daño...”. “Ytem, no consentirán que los españoles ni otra persona... de las de su servicio salgan ni anden de noche por las calles, porque no se alboroten los chinos y se ocasione algún escándalo”. “Ytem... procurarán que no se les pida cosa alguna a los naturales sin que se les pague, porque entiendan el provecho que se les seguirá de que vayan allá españoles...”. “Ytem, en todo harán como personas que tan bien saben lo que pide el negocio y lo que más vieren que conviene al servicio de Dios... y de Su Majes-

tad... Manila, a 2 de junio de 1575”⁷. La embajada, debido a varias causas, no dio el resultado que se esperaba. Limahón se escapó desviando el cauce del río y los españoles se quedaron sin el espacio ya asignado para su puerto.

No conozco instrucciones tan prudentes y sensatas para ir al encuentro del Otro, que merece amistad y respeto. La estructura y el tono narrativo dejan patente cómo el Otro, sus leyes y religión, son honorables, y cómo el Otro, sus normas y creencias están civicamente en pie de igualdad. Creo necesario resaltar que Lavezares es un gobernador, un civil no un religioso, pero prueba que el modo de ver y mirar hispano ha calado también en los otros estamentos pensantes del periodo; por esto lo he traído a estas páginas. Pero no es solo esto lo que quiero subrayar sino la bipolaridad categorial del enfoque, la fuerza del mismo argumento *in utramque partem*, el desenvolvimiento dialéctico interno de una categoría que va desplegándose en su immanencia.

He comenzado estas líneas sugiriendo cómo la potencia de lo ajeno y diferente y la dinamicidad de lo extraño e incierto que irradia el siglo XVI golpean a las mentes hispanas del momento. Entonces, como hoy, priman el pluralismo cultural y la migración de culturas, dos factores que hacen pensar. Y pensar pensaron como lo requería el caso, primero, en generalidad, en igualdad y desde la racionalidad: ahí están el sermón navideño de Montesinos, los escritos de Las Casas, de Fr. Julián Garcés, del P. Vitoria etc. Pero lo sugerente es, segundo, que a la vez piensan en dialéctica diferencial, se percatan de la importancia humana de la heterogeneidad cultural, lo que produce como resultado la etnografía española, alguna de cuyas obras, como la del P. Sahagún, es única en su género. Y piensan, por último, en similaridad analógica, en posibilidad panhumana de comprensión a pesar de las diferencias, lo que les llevó a extraordinarios gestos de acción y de pensamiento en el Extremo Oriente que no han sido justipreciados como merecen en su radical valor humano. Ejemplos paradigmáticos que tenemos a la vista hoy para afrontar similares problemas.

⁷ Todo está sacado de Gaspar de San Agustín, *Conquista de las Islas Filipinas (1565-1615)*, CSIC 1975, pp. 439-441.